

El islam en las estrategias de supervivencia de los sistemas autoritarios de Egipto y Túnez*

Alejandra Galindo Marines
Beatriz Guerrero Varela
Victoria Ávila Meoqui
Universidad de Monterrey

Resumen

Este artículo tiene como propósito central investigar el por qué la zona de Medio Oriente permanece reacia a instaurar la democracia, tomando en cuenta el bajo nivel de democratización que existe. A través del estudio del proceso de liberalización experimentado por Egipto y Túnez, desde la década de los setenta y en especial los gobiernos recientes de Hosni Mubarak y Ben Ali, el rol del islam como limitante o promotor de la democracia es examinado. El análisis del carácter del autoritarismo de estos regímenes se realiza a través de una evaluación de las estrategias de los gobiernos para llegar a tener un Estado moderno y las justificaciones de sus políticas utilizando el islam. Una vez que el proceso de transición se desarrolla, dichos elementos nos informarán de las posibilidades de liberalización y el margen de maniobra que pueden tener tanto grupos islámicos como la sociedad en su conjunto, reclamando más espacios para participar y nuevas formas de política. Aunque la democracia permanezca como una realidad ajena en la zona, para el caso de Egipto y Túnez, el problema no reside en el islam *per se*, sino en las características firmes de los regímenes autoritarios, las cuales son re-articuladas a pesar de las medidas de liberalización

Palabras clave: islam y democracia - Proceso de liberalización - Egipto - Túnez

Abstract

Regarding the low level of democratization in the Middle East area, this article aims to elucidate on the reasons why this area remains elusive to democracy. Through the study of the process of liberalisation that Egypt and Tunisia experienced since the seventies, but particularly in the recent governments of Hosni Mubarak and Ben Ali, the role of Islam is examined either as a constraint or a promoter of democracy. Analysing the character of the authoritarian regimes, through an evaluation of the strategies enforced by the governments to achieve a modern state and justify their politics using Islam, will allow us to understand the particular features of authoritarianism that are present in each of the cases considered. Once the process of transition unfolded, those elements will inform us the possibilities of liberalization and the margin of manoeuvre that islamist groups and society at large can have, claiming more outlets for participation and new forms of politics. Although democracy seems elusive in the zone, in the case of Egypt and Tunisia the issue is not because Islam per se, but it is because the entrenched forms of authoritarian regimes that are re-articulated despite liberalisation measures.

Key Words: Islam and democracy – Liberalization – Egypt – Tunisia

En la actualidad el debate sobre la compatibilidad entre el islam y la democracia sigue vigente. Dicha compatibilidad es juzgada en términos culturales como señala Anderson, pues para algunos estudiosos la zona del Medio Oriente es una zona reacia a la instauración de la democracia debido al papel del islam en la sociedad y cultura. En contraste, otros consideran que el islam no debe ser considerado como limitante, pues no es monolítico y está sujeto a diferentes interpretaciones por parte de la sociedad y de sus gobernantes (Anderson, 1995: 86-88). Tal es el caso de Irán que a través de un movimiento religioso desarrolla un régimen con elecciones periódicas, el caso actual de Turquía donde el Partido de la Justicia y Desarrollo (AKP), partido de orientación islámica, ha promovido la liberalización del régimen, o las elecciones recientes en algunos países con partidos islamistas que entran al juego político de la competencia electoral¹. Todos constituyen ejemplos en los cuales el islam ha conducido a replantear nuevas formas de gobierno, unas más democráticas o liberalizadoras que otras u otras igual de autoritarias como en países no musulmanes.

En sociedades donde el discurso único o predominante es el islam, no es casualidad que los reclamos y las formas de participación, al igual que la legitimación de los gobernantes, también sean a través de la religión. Como señalan Eickelman y Piscatori (1996: 57), la política en esta zona se define como: “la lucha entre las interpretaciones de los símbolos, como el marco y negociación mismos de las fronteras entre las esferas de la actividad social y las instituciones”. Además es necesario elucidar que la unión entre islam y política, idea extendida entre estudiosos, no corresponde a la realidad histórica de la zona, pues desde que el islam se fue extendiendo a la muerte del profeta, ambos ámbitos empezaron a separarse (Lapidus, 124-125; Ayubi, 1991: 5). El mantener esta concepción perpetúa la mirada oriental sobre estas sociedades, donde el abandono de lo tradicional es considerado un requisito para la llegada de la modernización. En todo caso el problema radica cuando estos ámbitos se traslapan y se intersectan en la competencia por el poder (Eickelman y Piscatori, 1998: 58; Leca, 2001: 59-

66). Por lo tanto es necesario indagar en la naturaleza de los acuerdos que recrean un sistema político y no tanto en la religión por sí misma, sino en el uso de ésta por gobernantes y gobernados.

Si al debate sobre la compatibilidad entre islam y democracia, añadimos la ubicación de los sistemas autoritarios como tales y los cambios que experimentan, la problemática se torna aún más compleja. Sin duda alguna el desarrollo de los estados de Egipto y Túnez nos muestra cambios en la forma de gobierno, sus proyectos nacionales y las relaciones con la sociedad. A estos sistemas políticos se les concibe como autoritarios, pero el tipo de autoritarismo y los inicios de una transición en ambos casos, nos presenta la oportunidad para entender las nuevas formas del sistema político y cómo se realizan cambios hacia su interior. Pese a lo anterior, los procesos de cambio iniciados en los dos países no han llegado a fructificar en la democratización, como señalan los proponentes de la transición a la democracia O'Donnell y Schmitter, sino más bien habitan en la zona gris (Carothers, 2000: 9-11).

Esta investigación pretende indagar el papel que tiene el islam en los procesos de transición en Egipto y Túnez hasta mediados de la década de los noventa. Ambos son países que han iniciado un proceso de transición desde la segunda mitad de la década de los setenta y más claramente bajo los gobiernos de Muhamad Hosni Mubarak en 1981 para el caso de Egipto, mientras que para Túnez bajo el régimen de Ben Ali a partir de 1987. Esta investigación se basa en el empleo de la metodología de estudio de casos similares (Sartori, 2002: 40), donde la explicación o variable dependiente será el uso del islam por gobernantes y gobernados como limitante o promotor en el logro de la democracia en los dos casos considerados. La primera sección discutirá la parte conceptual y metodológica sobre la categorización del autoritarismo y sus cambios, donde la legitimación desempeña un papel importante para la justificación sobre la naturaleza y alcance de los mismos. La segunda parte examinará los casos de Egipto y Túnez, a través del análisis de las políticas de liberalización, el uso de la religión por sus gobernantes y las acciones de los diferentes movimientos islamistas, como manera de evaluar las condiciones en la cuales el islam es usado como limitante o promotor de la democracia.

“Los síndromes políticos” y el papel del islam en el autoritarismo

La denominación como autoritarios a una gama amplia de sistemas políticos, los cuales no se ajustan a los gobiernos democráticos y no democráticos, produce el alargamiento del concepto (Sartori, 2002: 45). De este modo sistemas políticos con características particulares son etiquetados como autoritarios, al no poder encuadrarse en las categorías generales antes mencionadas. Linz (2000: 159-165) utiliza las siguientes dimensiones para comprender el autoritarismo: 1) la existencia de un pluralismo limitado y no responsable; 2) la falta de una ideología elaborada; 3) la presencia de un grupo en el poder que busca la desmovilización de los miembros de la sociedad civil fomentando la apatía política, siempre y cuando lo anterior no sea contrario a sus intereses. A través de estas dimensiones el sistema político autoritario se desarrolla en un contexto donde se reduce la expresión de oposición y de autonomía de los subsistemas políticos, al mismo tiempo que se anula de forma completa o parcial la función de las instituciones destinadas a transmitir la autoridad política desde la base. La forma en la que evolucionan los sistemas autoritarios es analizada por diferentes autores e incluye consideraciones sobre la vinculación existente entre el desarrollo económico y las estrategias de inclusión y exclusión que despliegan este tipo de sistemas (O'Donnell, 1972: 63-121; Collier, 1985: 25-38).

A partir de estas definiciones propuestas uno puede seleccionar los elementos necesarios para entender el autoritarismo que se ejerce y el papel del islam en la transición a la democracia. El primer elemento es la construcción del Estado, donde sin duda alguna la herencia del periodo colonial (Ayubi, 1995: 86-89 y Owen, 2000: 10-20) contribuyó a sentar las bases de los estados modernos de acuerdo a las características particulares de los casos. Esta herencia permitió la construcción de instituciones corporativistas definidas en las masas y para las masas, incluyendo a obreros, campesinos y otras clases de trabajadores que buscaban proteger y promover políticamente sus intereses dentro del sistema. El entender cómo ha sido el andamiaje institucional y los arreglos políticos permitirá a posteriori evaluar el tipo de autoritarismo y las estrategias político-sociales del Estado para permitir la existencia de pluralismo, rotación de elites, la transparencia y rendición de cuentas, asociadas a la democracia y que se vislumbran a partir del proceso de liberalización.² El segundo elemento es el papel de los movimientos islamistas en los países; a través del análisis de su formación y las demandas elaboradas, así como también de su margen de maniobra en el sistema, hará posible evaluar cuanta presión pueden causar en la elite política y vincularla con el tipo de respuesta del gobierno.

Junto con los dos elementos anteriores principales, el tercero se referirá a la cuestión del monopolio sobre lo sagrado, como arena de contestación política donde su corolario es la búsqueda de legitimidad. Una característica de los sistemas autoritarios en el Medio Oriente es su déficit de legitimidad (Hudson, 1980), donde la coerción y el consenso son dos maneras de obtenerla. Los gobiernos con la finalidad de ganar legitimidad ante los ojos de la población recurren al uso del islam, como justificación a sus políticas modernizadoras y como defensa de sus naciones. El Estado en este sentido subordina al islam de acuerdo a sus proyectos políticos. El islam es invocado tanto por monarquías, como regímenes presidencialistas o por regímenes concebidos como socialistas o tradicionales.³ En efecto, el control del Estado descansa en gran parte en la legitimidad lograda a partir del islam, como una forma de compensar la falta de representatividad social y encarnar los valores asociados a las prácticas morales de un buen gobierno en el islam tradicional.⁴ Por ello no es coincidencia que los movimientos islamistas al reclamar la falta de participación de la sociedad, politicen a la religión como una forma de avanzar en el cambio (Ayubi, 1991: 29-30). La competencia por el control sobre los símbolos de la nación y cultura árabe/musulmana atraviesa las diferentes concepciones de lo sagrado, donde la relación Estado-sociedad es cuestionada y reformulada.

El islam y su interpretación, al igual que la legitimidad son procesos que están en constante cambio, por lo tanto, necesitan ser examinados en contextos históricos particulares. Lo anterior nos permite visualizar a la política en su dimensión, cultural y social, pues como se mencionó anteriormente, la política está definida por la intersección y traslape entre los ámbitos religioso y político que nos lleva a cuestionar el tipo de autoridad que se construye y/o sobre la cual se compete.

En la actualidad la mayor parte de estos sistemas políticos presentan cambios importantes, pero el problema reside en el alcance de éstos para lograr la democratización. De acuerdo a la teoría de la transición a la democracia propuesta por O'Donnell y Schmitter, para que se realice una transición se deben presentar dos procesos: la liberalización y la democratización. En el primero, el Estado cambia las reglas del juego, permitiendo las libertades; mientras que en el segundo los ciudadanos realmente disfrutan los nuevos acuerdos del gobierno (O'Donnell y Schmitter, 1994: 20-23). La fase que inaugura este cambio de sistema es la celebración de elecciones. Sin embargo, muchos de los regímenes experimentan procesos de liberalización y la realización de elecciones, sin que ello signifique la transición a la

democracia, sino más bien un pluralismo sin objetivos (Carothers, 2000: 11-13) o como expresa Brumberg (2002: 56- 58) representan casos de autocracias liberalizadas.

El surgimiento de los estados modernos

Egipto estuvo bajo el protectorado de Gran Bretaña desde 1882 hasta su independencia en 1922 con la instauración de una nueva constitución y un régimen parlamentario. Sin embargo, las continuas injerencias británicas mantuvieron una inestabilidad política hasta 1952, cuando un golpe de Estado forzó al rey Faruk I a abdicar, poniendo a la cabeza del gobierno al coronel Gamal Abdel Nasser como presidente. Túnez en forma similar estuvo bajo el protectorado francés desde 1881, alcanzando su independencia hasta 1957. En el año 1934, la formación del Partido Néo-Destour (NDP), dirigido por Habib Burguiba, marcó el inicio de la lucha tunecina por su independencia. En 1955, Túnez obtuvo el autogobierno y en 1957 su independencia como una monarquía constitucional. Ese mismo año, la monarquía fue derrocada proclamándose República con Habib Burguiba como presidente, quien se mantuvo en el poder hasta 1987. Primero durante la etapa de partido único, y después de 1975 como presidente democrático.

En los casos de Túnez y Egipto podemos observar que antes de la independencia, ambos colonias tenían estructuras de un Estado, al contar con administraciones centrales y profesionales a cargo de las burocracias. El tamaño y homogeneidad tanto de Túnez como de Egipto en este proceso contribuyó a su construcción como estados independientes. Sin embargo, sus limitaciones también fueron considerables, ya que los movimientos independentistas no fueron apoyados por todas las fuerzas sociales locales. En Túnez, la clase dominante permanecía siendo turca y mameluca, y la burguesía local se mantenía distanciada de la política (Dalacoura, 1998: 132). Esto explica por qué las reformas políticas del siglo XIX, el pacto fundamental de 1857 y la Constitución de 1861,⁵ no fueron el resultado de las demandas sociales sino de los intereses de la élite en el poder y de las presiones de los franceses, lo cual repercutió en que la sociedad no se sintiera identificada con dichas reformas. Sin embargo, la organización laboral de la confederación de trabajadores, el apoyo de profesionistas y burócratas, al igual que de la clase terrateniente de provincia constituyó el principal sustento mediante el cual Burguiba realizó la independencia e inició el gobierno independiente.

En el caso de Egipto también el crecimiento del Estado y su respectiva burocracia sirvió para la creación de grupos sociales asociados a éste: como la aristocracia terrateniente, los comerciantes y los burócratas. Con la breve experiencia parlamentaria (1922-1952), también existieron expresiones políticas identificadas con la lucha contra la presencia colonial y los conflictos con la política emanada del rey. El movimiento por la independencia de Egipto también se valió del apoyo de las asociaciones de trabajadores, estudiantes, profesionistas entre ellos profesores de primaria, teniendo un mayor componente urbano (Owen, 2000: 18). De este modo como señala Ayubi, en Egipto existían tres tendencias: la islamista, populista y estatista (Ayubi, 1999: 107).

Una vez lograda la independencia, los líderes de ambos gobiernos empezaron a sentar las bases de la organización del Estado. La organización recayó en los mecanismos de cooptación e inclusión a través de arreglos corporativos, la creación de un sistema de partido único y de la instauración de programas económicos identificados como “programas socialistas”. En efecto, la creación del partido único, el Neo-Destour en Túnez en 1930⁶ y el Reagrupamiento Nacional en Egipto en 1953 fueron utilizados por el Estado para crear

corporaciones a partir de los diferentes grupos sociales, así como también para delinear los roles de cada uno de ellos en los programas de gobierno, definiendo la manera de presentar sus demandas y de ser representados a nivel nacional (Owen, 2000: 32).

En Túnez la centralización de la administración fue dada a partir de la incorporación en el gobierno de miembros del partido neo-destour⁷, los cuales fueron sustituidos hacia los setenta por tecnócratas y líderes de las diferentes organizaciones controladas por el gobierno en su estrategia de cooptación. En el inicio del movimiento de independencia, el gobierno se valió de la fuerza del Unión General de Trabajadores (UGT) para luego ir incorporando a otros sectores laborales, ya sea a través de su creación o de su inclusión. Ejemplo de lo anterior son: el Unión General de Mujeres Tunecinas, la Unión de Trabajadores del Comercio y Artesanado. La política hacia estas organizaciones fue de subordinación al gobierno, desarticulando cualquier intento de autonomía y criticismo. Cuando los sindicatos empezaron a cuestionar las medidas económicas, el gobierno se caracterizó por el uso de la fuerza e intimidación para mantener el control. De este modo, el partido representaba un sistema político que permitía reformas y demandaba pasividad de la población (Vandewalle, 1988: 605).

Con Nasser el nuevo partido, el Reagrupamiento de Liberación, aglutinó tanto a grupos de trabajadores y estudiantes, así como también fue el creador de otros grupos a través de la formación de asociaciones de profesionistas y trabajadores en los diferentes rubros de la actividad económica y política, como la Confederación Nacional de Trabajadores. Bajo el gobierno de Nasser se prohibió la existencia de otros partidos políticos, aunque un grupo clave que lo ayudó a tomar el poder fue la Hermandad Musulmana, pero al momento de presionar por recompensas y dada la naturaleza de los objetivos de ambos contendientes –el poder-. Cuando las diferencias entre el nuevo gobierno y la Hermandad surgieron, los miembros de ésta última fueron perseguidos y encarcelados a partir de 1954.⁸

La creación del partido único, le permitió al gobierno egipcio el control de la vida civil. Primero fue constituido el Reagrupamiento de Liberación en 1953, luego se transformó en la Unión Nacional y finalmente en la Unión Socialista Árabe a partir de 1957. El régimen de Egipto se basó en una mezcla de coerción y cooptación de políticas para asegurar su gobierno, cuyo soporte principal fueron las elites militares y de seguridad (Byman, 2005: 75). En cuanto a los vínculos sociales, bajo el gobierno de Nasser la clase media rural que dominó el campo se benefició con las reformas vinculando sus intereses al Estado, al igual que las clases medias urbanas y populares que dependieron del Estado en materia de precios, subsidios y salarios (Dalacoura, 1998: 132).

En ambos gobiernos los programas económicos fueron siguiendo las mismas estrategias. En el terreno económico, el programa socialista emprendido por el gobierno tunecino comprendió la distribución del ingreso, la mejora de la calidad de vida de la población, la nacionalización de las tierras y el establecimiento de cooperativas agrícolas con la finalidad de lograr simultáneamente la autosuficiencia económica y el incremento de los estándares de nivel de vida y productividad (Boulby, 1988, 596). En Egipto el programa socialista se centró en la nacionalización de los principales sectores de la economía. Entre 1957 y 1960, el régimen nacionalizó los intereses extranjeros, el canal de Suez y los bancos, lo cual le permitió apoyar el modelo de sustitución de importaciones. En este proceso, la participación del sector privado fue mínima debido a que el Estado tomó la mayor parte del control (Richards y Waterbury, 1996: 183). La educación fue considerada el medio principal mediante el cual la población alcanzaría su desarrollo. Sin embargo, la falta de planeación, la ineficiencia de la administración y la fuerte dependencia de los créditos extranjeros, no permitió el éxito de estas reformas económicas.

En el terreno religioso ambos casos tuvieron éxito en cooptar a los ulema, quienes fueron instrumentales para legitimar sus proyectos de gobierno. De acuerdo a Boulby, la fuente

de independencia y autonomía de los ulema tunecinos fue interrumpida por la abolición de sus derechos administrativos sobre tierras, los cuales constituían la fuente de financiamiento para las mezquitas y organizaciones religiosas. La Zeituna (mezquita y centro religioso de la capital) fue convertida en una facultad más dentro del sistema educativo universitario promovido por el Estado (Boulby, 1988: 592). El presidente tunecino se presentó como el reformador del islam y presentó a la religión como la fuerza dinámica que le permitiría llevar a Túnez a su desarrollo.⁹ En Egipto también ocurrió una situación similar, pues el Estado también nacionalizó los bienes religiosos (awqaf), al mismo tiempo que la educación, la administración de justicia familiar pasaron a manos del Estado (Cantori, 1981: 79). La nacionalización de al Azhar, la universidad islámica más antigua, causó la pérdida de autonomía, convirtiendo a esta institución en una fuente legitimadora para las políticas del gobierno. El programa socialista árabe, de acuerdo a la justificación de Nasser, se encontraba en los orígenes mismos del islam, donde prevalecía la justicia, la ley de Dios (Esposito, 1984: 129).

Como podemos apreciar la construcción de los Estados modernos permitió el surgimiento de estados autoritarios, controlados por arreglos corporativos, a través de la estructura de un partido único, amparados ambos gobernantes en la interpretación del islam como apoyo a sus proyectos de modernización. Sin embargo, las sociedades no estuvieron inmobilizadas frente a los proyectos nacionales, cuyo deterioro tuvo repercusiones a nivel económico, político y social. Por ello en los dos casos, la década de los setenta fue un periodo de cambios económicos que ocasionaron malos resultados para el nivel de vida de sus ciudadanos y contribuyeron a la aparición de movimientos religiosos radicales.

Los procesos de liberalización

La liberalización en los dos países se caracterizó por ser doble y simultánea. Por una parte la liberalización política emprendida se caracterizó por la apertura de la competencia electoral y el otorgamiento de libertades civiles, pero limitadas por el alcance y repercusión del control del Estado. La liberalización económica coexistió con la liberalización política, dando lugar a una competencia económica doméstica regulada por el Estado. Sin embargo dadas las crisis económicas que presentaron los países hacia la segunda mitad de los setenta y posteriormente en los ochenta, ambos países tuvieron que recurrir a la ayuda financiera del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial para iniciar los programas de Ajuste Estructural.¹⁰ En esta sección presentaremos el desarrollo de ambos procesos en los casos de estudio, analizando cómo el Estado fue adoptando medidas de apertura fuertemente controladas. Posteriormente analizaremos los momentos en que se da un revigorizado proyecto de liberalización a partir de los periodos de Mubarak (1981) en Egipto y de Ben Ali (1987) en Túnez. Sin embargo, bajo estos últimos, las medidas de desarrollo económico lejos de impulsar la liberalización política, dieron un paso atrás para conformar un rediseño de las políticas autoritarias.

Desde mediados de los años setenta y durante la presidencia de Anwar al-Sadat, al igual que en Túnez, bajo el gobierno de Burguiba, se empezó a desarrollar la política económica de apertura conocida como *infitah* (puertas abiertas), aprobándose una serie de leyes que abrían la economía y proveían de incentivos a las empresas privadas con el objetivo de reducir el control del Estado y atraer capital extranjero. En los dos casos, la participación del capital privado fue sobre bienes de consumo y la industria de turismo, mientras que la inversión del Estado

permanecía en la industria pesada. Conforme se desarrolló esta política una nueva clase de comerciantes y hombres de negocios asociada al Estado comenzó a surgir.

En el terreno político, la llegada de Sadat marcó el fin del panarabismo y el socialismo árabe, y al carecer de legitimidad propia, pues el presidente no pertenecía a la élite del partido, evidenció la necesidad de fuentes de legitimidad para asegurar la viabilidad del gobierno. De este modo, Sadat se presentó como el campeón de la conducción política basado en la ley, marcando el cambio de la legitimidad emanada de la revolución a la legitimidad basada en las instituciones (Korany, 1998:158). Con ese mismo afán pueden considerarse las medidas de otorgar libertad a los presos políticos del gobierno de Nasser, especialmente a la Hermandad Musulmana, los cuales eran fundamentales para combatir a los grupos de izquierda y nasseristas- críticos del gobierno, presentes en las universidades. La apertura a cierta forma de pluralismo político se hizo patente al ser reinstalado el multipartidismo en Egipto en 1976, donde a los partidos les fue permitido tener sus propias publicaciones y participar en elecciones. La ley que permitía el establecimiento de partidos políticos estipulaba la prohibición de partidos basados en cuestiones religiosas, sociales, regionales, ni tampoco debe contener principios similares a las plataformas de otros partidos (Stacher, 2004: 220). El partido de Nasser fue transformado por Sadat en el partido Democrático Nacional, partido que con la celebración de elecciones (1976 y 1981) se transformó en un partido hegemónico.

Las medidas implementadas no resultaron efectivas, pues las clases medias-bajas y bajas vieron reducida su calidad de vida, mientras que las clases medias altas y altas se enriquecieron gracias a sus vínculos con el Estado (Ibrahim, 2003:139). Hacia finales de la década de los setenta y hasta la muerte de Sadat (1981), la oposición y desencanto con el gobierno creció. La derrota de la guerra árabe-israelí dirigida por Egipto en 1967 y la posterior alineación con occidente y la firma de paz con Israel bajo el gobierno de Sadat fueron medidas que contribuyeron a exacerbar la crisis política y social en Egipto, radicalizando a algunos grupos islamistas.

Burghiba también implementó políticas para el logro del pluralismo, como estrategia para abonar en la viabilidad de su gobierno. La apertura hacia grupos de oposición fue una estrategia para contener los elementos progresistas dentro del partido y de la UGT. Ante el panorama social y económico generado por las medidas de los años anteriores, el gobierno buscó ganar legitimidad apoyándose en la religión, al permitir el retorno de los exiliados y el fomento a las actividades encaminadas a la discusión sobre la religión. En efecto, desde inicios de la década de los setenta los primeros grupos organizados en torno a la religión fueron permitidos por el Estado, al igual que los movimientos políticos no oficiales, los cuales derivados de las mismas organizaciones de trabajadores como el Movimiento de la Unidad Popular (MUP) en el exilio o el movimiento de la democracia socialista (MDS). Sin embargo la estrategia fue contraproducente, pues en la medida que éstos empezaron a cuestionar las políticas del Estado y a ganar influencia entre la población, el gobierno los enfrentó encarcelando a sus principales miembros y contribuyendo a la radicalización de algunos grupos en los años siguientes (Murphy, 1998: 59-60).

Otra medida de Burghiba fue la realización de un pacto nacional en 1977 con la finalidad de acallar las protestas de los trabajadores por la disparidad de ingresos entre la clase alta y baja. Este pacto fue un acuerdo entre el gobierno y la UGT, donde el primero se comprometía a un incremento en salarios a cambio de que la UGT se comprometiera al mantenimiento de la paz social y al incremento de su producción (Vandewalle, 1988: 607). Sin embargo no pudo evitar el enfrentamiento entre los líderes de la UGT y el gobierno, por lo que Burghiba recurrió al uso de la coerción contra los grupos opositores y la cooptación de sus

líderes. De este modo la década de los setenta que inició con cierto optimismo para finales de la misma, las medidas coercitivas y el fin de la apertura política eran visibles en ambos gobiernos. La retirada del Estado como el único proveedor del bienestar, conforme se avanzó hacia los ochenta, provocó el crecimiento de organizaciones sociales y/o islámicas, especialmente en el caso de Egipto. De acuerdo a Ibrahim, para la década de los setenta, veinte mil mezquitas en Egipto estaban fuera del control del Estado y éstas eran las que proporcionaban servicios como educación y salud a la población (Ibrahim, 2003: 60). Estas organizaciones no necesariamente tenían lazos con los grupos islámicos, pero eran una muestra de la capacidad de organización de la sociedad y la religiosidad prevaleciente.

La llegada al poder de Mubarak (1981) y Ben Ali (1987) presentó la introducción de reformas encaminadas al logro de la liberalización política de los respectivos regímenes. Al igual que en el periodo anterior la liberalización económica y política se presentó de manera conjunta para el caso de Túnez, mientras que Egipto durante la década de los ochenta experimentó la liberalización política, la cual se fue deshaciendo conforme se implementaron los programas de reformas económicas elaborados por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Bajo los dos gobiernos, los cambios en las leyes permitieron la participación de más partidos en las elecciones, así como también la implementación de medidas judiciales para el respeto a los derechos humanos.

En la década de los ochenta, el gobierno de Mubarak dio pasos para el logro de la liberalización política, permitiendo cierta pluralidad y relajando medidas coercitivas. Aunque el Egipto de Mubarak no puede ser visto como una democracia en el sentido occidental, el flujo de ideas políticas estaba más abierto en comparación a los gobiernos de Nasser y Sadat. El periodo de Mubarak ha sido testigo de cuatro elecciones de este tipo para la Asamblea de la Gente (1984, 1987, 1990, 1995). De hecho, fue bajo el mandato de Mubarak que se tomó la decisión de modificar la ley básica de elección para candidatos individuales con el fin de permitir a candidatos independientes postularse para la elección (Korany, 1995: 51). Sin embargo, el sistema electoral también se constituyó en otra herramienta de control y manipulación para el gobierno, pues se introdujo el sistema de representación proporcional, donde el partido que obtuviera un mínimo de 8% de votos a nivel nacional podía tener un lugar en la Asamblea del Pueblo, pero si el partido no obtenía esta cantidad, el partido del gobierno recibía estos votos. Con ello el gobierno mantenía su hegemonía en el parlamento, pero al mismo tiempo permitía que alianzas entre diferentes grupos de oposición se realizaran (Ryan, 2001: 32). De las elecciones realizadas, el partido en el poder ha ganado la mayoría¹¹ hasta la actualidad.

La cuestión del significado de la religión en la política y en la sociedad se volvió más prominente bajo la presidencia de Mubarak, como consecuencia de la tolerancia hacia los diversos grupos y la retirada del Estado en la provisión de bienestar a la población desde los setenta. La proliferación de organizaciones islámicas y la influencia de los islamistas en las principales fuentes de organización y participación de los egipcios, especialmente la presencia de la Hermandad Musulmana en las más importantes organizaciones profesionistas (médicos, abogados y periodistas) y en el partido oficial, fue el resultado de la movilización del movimiento islámico en este país.¹² Por ello, el movimiento en la medida de su capacidad de penetración fue “re-islamizando” la vida política de Egipto, reconfigurando las prácticas sociales, políticas y discursivas. Ante esta situación, el gobierno se resistió con una nueva ley aprobada en 1993 que estableció la presencia necesaria del 50% de quórum para la celebración de votaciones para la dirigencia de estas organizaciones, de lo contrario el Estado a través del ministro del interior nominará a los dirigentes (Eberhard, 1998: 223).

La re-islamización de la vida política y social en Egipto, convirtió al Azhar en una fuente importante para moderar el discurso islámico y el enfrentamiento de la oposición. Esta institución ha visto acrecentar su poder, pues de ser mera fuente de legitimación, en el periodo de Mubarak se ha transformado en un actor importante en la delimitación del discurso y prácticas del islam en la vida política del país, adquiriendo un poder independiente, por el que en algunas ocasiones el gobierno ha cedido control a esta institución (Barraclough, 1998: 238). El darle mayor peso a esta entidad ha abonado en la vigilancia de las expresiones religiosas de la diversidad de grupos, proveyendo al Estado de un control sobre el islam en la vida pública.

El golpe de Estado de Zine Abidine Ben Ali en 1987 inauguró un periodo de reformas que desde su inicio se consideraron propicias para el establecimiento de la democracia a este Túnez. Estas reformas se encaminaron a varios aspectos: el delinear el papel del gobierno y partido, el permitir la existencia del multipartidismo y un programa económico basado en las medidas del Fondo Monetario Internacional, el cual buscaba contribuir a mejorar la economía del país.

Uno de los cambios anunciados y más destacados que rompía con un patrón dentro del gobierno autoritario fueron las reformas encaminadas a separar el partido del Estado, por lo que Ben Ali reorganizó internamente al partido renombrándolo Reagrupamiento Constitucional Democrático, además también implementó leyes para la delimitación del periodo de gobierno, en oposición a su antecesor quien se había nombrado presidente de por vida en 1975, y medidas encaminadas al fortalecimiento de la figura del primer ministro. En cuanto a la apertura hacia el pluralismo, el parlamento aprobó una ley donde se autorizaba la existencia de partidos políticos, cuyo reconocimiento quedaba sujeto al no uso de la violencia, fanatismo y discriminación, al no recibir apoyo financiero del exterior, a la no inclusión en sus plataformas objetivos delineados en torno a cuestiones regionales y lingüística, además de que los líderes de los partidos no podían tener antecedentes criminales (Gasrowski, 1992: 87). Acompañando estas medidas, también se liberaron presos políticos y se permitió la existencia de Amnistía Internacional.

Otra medida sobresaliente fue la realización de un pacto nacional (1988) que buscó sentar reglas y propósitos para el juego democrático. En teoría este pacto comprometía tanto al régimen reformista como a la oposición a un proceso gradual de desmantelamiento del autoritarismo (Sadiki, 2002a: 132). Los partidos de oposición y particularmente el Movimiento de Tendencia Islámica favorecieron el enfoque del nuevo gobierno, pero conforme se sentaron en la práctica las nuevas bases del poder del Estado, los islamistas del MTI, transformado en la organización al Nahda (renacimiento) no gozaron del reconocimiento del Estado como partido. Como respuesta a la re-islamización experimentada por la sociedad y como una forma de ganar legitimidad, el gobierno se declaró defensor del islam, reforzando el papel del islam a través de los medios de comunicación, al igual que promoviendo una imagen y discurso del presidente sustentada en la religión.

El apoyo a organizaciones islámicas continuó durante la presidencia de Ben Ali, pero favoreciendo solamente a aquéllas que se ajustaban a actuar dentro de las líneas del Estado. En general, el gobierno tunecino ha favorecido la formación de organizaciones no gubernamentales, pero como señala Bellin, dentro de las líneas conducentes al logro de la civilidad como herramienta de transformación social y política de Túnez, y al mismo tiempo como cinturones de transmisión de las políticas del gobierno. Estas organizaciones tienen que contar con el permiso del gobierno y dependen del dinero del Estado para su funcionamiento. El gobierno de acuerdo a sus intereses y percepciones utiliza el financiamiento a las organizaciones como herramienta de control. Asimismo, el gobierno se ha encargado de no permitir la infiltración de islamistas dentro de las organizaciones, promoviendo la participación de miembros del partido

oficial y del gobierno a que sean miembros de estas organizaciones para monitorear sus actividades (Bellin, 1995: 139-141).

En ambos casos las reformas económicas delineadas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, lejos de contribuir a implementar una liberalización política ha sido el contexto en el cual se han tomado medidas que han des-liberalizado a la esfera política. En el caso de Túnez, las medidas coincidieron con las reformas de Ben Ali, pero una vez en curso, el control de Estado se reforzó a través de los mecanismos tradicionales, dando lugar a un movimiento obrero más dependiente de los mercados internacionales y más preocupado por sus intereses, que por el logro de reformas democráticas, dejando atrás la posibilidad de formación de un partido con base popular (King, 2003: 34). En el caso de Egipto se puede observar lo mismo, pues a pesar de las reformas políticas durante la década de los ochenta, la des-liberalización política ocurre en el momento de la aplicación de las medidas económicas.

Las respuestas a la liberalización

En las secciones anteriores hemos analizado como el Estado controla desde arriba la organización de la vida social y política de sus miembros a través de arreglos corporativos. Los intentos de los sindicatos por criticar las políticas de liberalización se han encontrado con la represión. La introducción del multipartidismo en los casos de Egipto y Túnez no muestra una competencia real como se ha visto en las secciones anteriores. Los partidos “seculares” se encuentran identificados con los intereses de las clases medias y dependen del Estado para su existencia. Por lo tanto, los actores que han seguido reclamando una nueva relación entre gobernantes y gobernados, además de contar con una base popular, han sido los movimientos islámicos. Su presencia y presión han resultado en una marcada religiosidad de la sociedad, abriendo un nuevo frente de competencia con el gobierno al enfrentarse en el terreno de la cultura pública y provocando que el Estado reaccione con políticas de cooptación y de manipulación de elementos culturales (Pratt, 2007: 118-120). Como movimientos islámicos los casos de la Hermandad Musulmana en Egipto y de al Nahda en Túnez muestran como incorporan las necesidades de las clases populares, amparados en una reinterpretación de la religión y sus tradiciones locales, aunque difiriendo en las estrategias y alcances de sus propuestas, dados los contextos particulares de cada uno.

En el caso de Egipto, la Hermandad Musulmana ha estado presente desde la década de los veinte, como un movimiento principalmente en oposición a la presencia colonial, pero conforme transcurrió el tiempo, sus estrategias se han modificado. Una coyuntura importante en esta transformación fue el encarcelamiento de la Hermandad Musulmana durante Nasser y su liberación durante Sadat, cuando el movimiento se dividió en diferentes facciones, dando lugar a algunas que optaron por medios violentos.¹³ A partir de este periodo, la Hermandad Musulmana se ha ido organizando y engrosando sus filas con personas insatisfechas con las políticas del gobierno, mediante la creación de organizaciones de tipo asistencial. Hacia los noventa su presencia se fortaleció en las asociaciones profesionistas¹⁴ y con su participación en las elecciones como candidatos independientes o como aliados con el Wafd, el partido Laboral y el Liberal. Aunque ha ganado un porcentaje pequeño de espacios en el parlamento, la Hermandad Musulmana ha influenciado las políticas de los medios de comunicación, educación pública y asuntos sociales (Ibrahim, 2003: 58).

Pese a la falta de reconocimiento como partido político, y a los encarcelamientos de sus líderes, la Hermandad Musulmana ha jugado con la reglas del sistema. De acuerdo a Ibrahim, la Hermandad propone un sistema democrático, pues para ellos la alternativa al autoritarismo es el establecimiento de un sistema de shura (consulta) de acuerdo al Corán. En este sentido, la celebración de elecciones libres es importante para elegir a sus representantes, quienes estarán sujetos al cumplimiento de la sharia (Ibrahim, 2003: 42). Desde tiempos de Sadat hasta la actualidad la estrategia de la Hermandad Musulmana ha sido gradualista, lo cual en los últimos años la ha llevado a formar alianzas con otros partidos y a sostener diálogos con otros grupos identificados como cristianos o seculares con la finalidad de presentar un frente común contra el régimen de Mubarak.

Esta re-islamización desde abajo ha provocado que el espacio tolerado a la Hermandad Musulmana se haya reducido en los últimos tiempos debido a las acciones violentas de algunos grupos islámicos, especialmente a principios de los noventa. La ola de ataques violentos a turistas, a personalidades intelectuales consideradas “seculares” y la autocensura de los medios de comunicación, ha provocado una política de persecución y encarcelamiento de los islamistas. Pese a lo anterior, el ingreso de nuevas generaciones a las diferentes organizaciones islámicas ha permitido la discusión sobre el papel del islam, tratando que éste no pierda su dinamismo y vinculación con los esfuerzos de liberalización y democratización. Ante tal situación, el Estado y el gobierno entonces favorecieron y promovieron un islam ortodoxo y nacionalista acorde a la naturaleza autoritaria del sistema político (Bayat, 2007:181). Las voces de la oposición no islamista, temiendo el mensaje radical del islam, apoyaron la campaña del gobierno de aplacar a los radicales. La campaña suprimió tanto a grupos radicales como a la Hermandad Musulmana. El régimen promovió políticas para silenciar a los opositores islamistas incrementando la educación religiosa y la difusión de los medios de comunicación (Byman, 2005:79).

En cuanto al movimiento islámico en Túnez, en comparación con Egipto, es relativamente reciente. Su organización, como se ha mencionado anteriormente, data desde la década de los setenta, aprovechando la estrategia de Burguiba de apoyar a los grupos islámicos como medida para contrarrestar la oposición progresista dentro y fuera de su partido. El grado de organización y el número de adeptos, fueron un reflejo, como en el caso de Egipto, de los efectos de la crisis económica y las promesas incumplidas del gobierno. Conforme aparecen las crisis político-económicas de finales de la década de los setenta y teniendo el contexto de la revolución islámica de Irán, el MTI se politizó tomando en cuenta las principales preocupaciones de la sociedad tunecina (Krämer, 2001). Para los líderes del movimiento y en específico para Gannouchi, la defensa de la identidad y las libertades civiles es una tradición dentro del pensamiento islámico de Túnez, por ello es que su defensa no es incompatible con la democratización, ya que esta representa un camino para la reconciliación del islam con la política (Murphy, 1998: 71-72). De manera similar a la Hermandad Musulmana, los líderes de al Nahda consideran el gobierno basado en la sharia y bajo el principio de shura, pero su visión es una de las más progresistas dentro de los movimientos islamistas de la región, al incluir en sus posturas diferentes escuelas del pensamiento islámico, mostrando apertura hacia los movimientos islámicos de Irán y Sudán y al incluir una postura sociológica y de análisis social sobre los grupos más vulnerables de la sociedad tunecina (Ayubi, 1991: 115).

Con la llegada al poder de Ben Ali, los presos políticos, incluyendo a la mayoría de los líderes del MTI, fueron puestos en libertad. Se estableció un diálogo informal entre el régimen y el MTI que dio lugar a una serie de concesiones entre las que destacan las oraciones transmitidas por televisión y la promesa de que las libertades políticas que había promulgado se extenderían al MTI tan pronto como éste cumpliera con las medidas y criterios oficiales para lograr el reconocimiento oficial como partido político. Este diálogo y aceptación aparente del

movimiento se dio como estrategia del gobierno para frenar la disidencia emanada de los sectores de izquierda de la UGT.

El MTI hizo referencia a la toma de poder de Ben Ali como “un acto divino que tenía como propósito salvar al país de una guerra civil.” Sus líderes elogiaron las reformas de Ben Ali y declararon que respetarían la constitución y aceptarían las medidas necesarias para obtener el reconocimiento, por lo que renombraron al Movimiento de Tendencia Islámica como Hizb al-Nahda (partido del renacimiento) para atenuar su orientación islamista. Durante las elecciones de 1989 se les permitió participar por lugares en el parlamento y obtuvieron el 14.6 por ciento del voto popular (Gasiorowski, 1992: 91). Sin embargo no obtuvieron ningún lugar en el parlamento debido al sistema electoral mayoritario de Túnez donde el ganador lo toma todo (mayoría simple). El RCD obtuvo todos los puestos al ganar la mayoría de los votos en cada uno de los distritos de Túnez (Krämer, 2001: 217). Al-Nahda seguía sin ser reconocido y las elecciones, reguladas por un sistema mayoritario, desfavorecieron a los islamistas y demás partidos de oposición. Este hecho desencadenó enfrentamientos entre el Estado y estos grupos, contribuyendo a acciones violentas por parte de algunos grupos asociados a al-Nahda. Los hechos en Argelia, donde la expresión violenta de la mayor fuerza de oposición, el Frente Islámico de Salvación, fueron tanto el contexto como la justificación del gobierno para reprimir y encarcelar a los principales líderes del movimiento islámico del país. Ante ello, los grupos seculares no apoyaron al Nahda como en años anteriores lo habían hecho.

Reflexiones Finales

En los dos casos presentados hemos visto como Egipto y Túnez han adoptado sistemas políticos autoritarios a través de diferentes fases y como las crisis económicas lejos de provocar crisis políticas conducentes a una mayor apertura, fueron el contexto en el cual los gobiernos elaboraron estrategias para permanecer en el poder, evolucionando de un autoritarismo populista en sus inicios con Nasser y con Burguiba, en la primera parte de su gobierno (1957-1970), a un autoritarismo burocrático. En esta primera fase, los gobiernos amparados en programas socialistas y controlando los símbolos islámicos, iniciaron las prácticas corporativistas con estrategias de inclusión de los diferentes segmentos de la población. La segunda fase, iniciada a raíz de los efectos negativos de los programas económicos, se caracterizó por los intentos gubernamentales de corregir las políticas económicas y abrir los espacios a la oposición. La aceptación de grupos islámicos y la introducción de sistemas electorales multipartidistas fueron medidas de apertura por parte del gobierno. Sin embargo esta estrategia fue usada no por la convicción sobre el valor democrático del pluralismo *per se*, sino como una forma de lograr la supervivencia de estos gobiernos, frente a los disidentes. Esta segunda fase se identificó por las medidas de exclusión hacia segmentos amplios de la población y la incorporación principalmente de la clase media alta, burócratas, antigua burguesía, comerciantes y hombres de negocio, con la finalidad de realizar sus programas de reestructuración económica para enfrentar la crisis.

La tercera fase se caracterizó por las medidas de liberalización política por parte de los gobiernos de ambos países, pero como en las anteriores fases, dichas políticas fueron usadas por ambos gobiernos para continuar con sus proyectos y permanecer en el poder. En el caso de Egipto, la aceptación de la Hermandad Musulmana, le permitió controlar desde arriba las expresiones islámicas violentas de otros grupos islámicos, al mismo tiempo que promovió desde el Estado un islam ortodoxo. En contraste, en Túnez, la aceptación de al Nahda por parte del

nuevo gobierno constituyó una estrategia para ganar legitimidad, pues Ben Ali era un presidente producto de un golpe de Estado. Pero nuevamente al iniciar las políticas encaminadas a sortear la crisis económica, ambos gobiernos retrocedieron en la ampliación y goce de las libertades otorgadas, principalmente a la oposición islamista.

El encarcelamiento y exilio de los principales líderes de los movimientos islámicos manifestó los límites del gobierno y del sistema hacia una apertura real. El control cada vez más extendido del presidente sobre los procesos y autoridades del gobierno, así como también sobre los poderes legislativo y judicial produjo el retroceso del proceso de liberalización política e hizo cada vez más lejana la instauración de la democracia. Por ello es que las transiciones tanto de Túnez, como de Egipto, nos muestran como una vez iniciada la liberalización política, ésta no necesariamente desembocó en la democratización, sino en formas persistentes de autoritarismo. Asimismo nos señala que la celebración de las elecciones no fue en sí misma una prueba de la existencia de un pluralismo en cada uno de los sistemas, sino un mecanismo utilizado por los gobiernos para legitimarse y continuar en el poder.

Como hemos visto en el discurso y prácticas de la sociedad y gobierno, el islam es el principal marco de referencia, el cual establece los parámetros mediante los cuales se justifican las acciones de los actores y se negocian las fronteras entre la sociedad y el gobierno. El problema no es el islam por sí mismo para la democracia, pues son las condiciones de los mismos sistemas autoritarios, las cuales controlan el discurso y proyecto de nación de una manera excluyente. La población al no encontrar mecanismos para enfrentar la insatisfacción respecto a las políticas gubernamentales, se aboca al islam como marco de referencia para tratar de resistir el control y los efectos de las políticas autoritarias en ambos regímenes, pero lo más importante para elaborar proyectos alternos al dominante.

Los proyectos alternos propuestos por la Hermandad Musulmana y al Nahda no muestran una contradicción entre la democracia y el islam, pues ambos reinterpretan las fuentes religiosas para proponer proyectos que retoman valores liberales identificados con la democracia, al mismo tiempo que son un referente para la conformación de otros grupos islámicos. El sistema de consulta, la defensa de las libertades civiles, ilustran las carencias en los sistemas respectivos, en las que se centran estos movimientos y los promueven a ambicionar una forma diferente de hacer política. Por ello podemos decir que a través del islam, los grupos religiosos se encuentran participando en la política, de forma limitada y gradual como ha sido el desempeño de la Hermandad Musulmana, o completamente fuera del sistema como lo hace ahora al Nahda en Túnez. En ambos casos, los estados han retomado los elementos de la moralidad y comportamiento islámico, pero no las medidas liberalizadoras de los proyectos alternos.

Dadas las características de un presidencialismo pronunciado y las prácticas de los sistemas autoritarios, la pregunta ha plantearse sería qué tan democráticos podrían ser los movimientos islámicos una vez que estén en el poder, pues los gobernantes en turno han dado muestras de sobra de no ser demócratas por convicción.

Notas

* Este trabajo surge de la reelaboración y profundización de cuestiones contempladas en el trabajo de tesis de licenciatura en Estudios Internacionales de la Universidad de Monterrey, elaborado por Beatriz Guerrero y Victoria Ávila bajo la supervisión de la doctora Alejandra Galindo.

1. Sobre el valor de las elecciones en el comportamiento de los grupos islamistas véase Piscatori, James, (2000), *Islam, Islamists, and the Electoral Principle in the Middle East*. Leiden: ISIM. En línea: https://openaccess.leidenuniv.nl/bitstream/.../1/paper_piscatori.pdf
2. Se retoma la idea de democracia a partir del modelo de poliarquía de Dahl y bajo una perspectiva liberal se plantean estas características centrales para el logro de una democracia plena. Al respecto véase O'Donnell, Guillermo, (2001), "Illusions about consolidation" en Diamond, Larry y Plattner, Marc F. (edit.), *The global divergence of democracies*. Baltimore y Londres: The John Hopkins University Press y The National Endowment for Democracy. pp. 113-130. Sobre una discusión sobre la conceptualización y su problemática en la zona véase: Esposito, John y Voll, John (1996), *Islam and democracy*. Oxford: Oxford University Press; Salamé, Ghassan (ed.) (2001), *Democracy without democrats? The renewal of politics in the muslim world* New York: I.B. Tauris.
3. Las propuestas contemporáneas sean consideradas, modernistas, reformistas o fundamentalistas nos señalan como éstas siguen siendo respuestas a las exigencias de tiempos y circunstancias específicas, además de que el Islam no puede ser considerado monolítico, pues en su interior existen diferentes interpretaciones y propuestas sobre las formas y contenidos de la relación entre gobernantes y gobernados. Sobre las formas de reinterpretación existentes en el pensamiento contemporáneo véase: Burgat, Francois (1996), *El islamismo cara a cara*. Barcelona: Bellaterra; Enayat, Hamid (1982), *Modern islamic political thought*. Austin: University of Texas Press.
4. Existen varias propuestas dentro del pensamiento islámico sobre el gobierno, pero definidas más sobre las características de los gobernantes y de las relaciones de éstos con la sociedad, que en formas específicas de gobierno. Al respecto véase Rosenthal, Erwin (1958), *Political thought in medieval Islam*. Cambridge: Cambridge University Press. pp. 21-63.
5. Garantizaban el respeto a las libertades civiles y políticas asegurando la responsabilidad del gobierno y reformando de manera parcial los códigos penales islámicos. Dalacoura, Katerina (1998), *Islam, liberalism and human rights*. London: I.B. Tauris.
6. Se apoyó en comerciantes, profesionales, organizaciones de trabajo e intelectuales.
7. Los miembros que habían apoyado a Burguiba en la independencia fueron remplazados por profesionistas y burócratas del partido.
8. Al respecto véase Ayubi, Nazih (1991), *Political islam*. Londres: Routledge.
9. Las medidas presentadas por el presidente tunecino alcanzaron las prácticas sociales y religiosas de la sociedad. La prohibición del velo a las mujeres, la prohibición del ayuno durante el mes sagrado de ramadán, la desaparición de las cortes islámica para la regulación de la vida familiar y la elaboración del código de status, donde leyes sobre familia, divorcio y mujeres impactaron a la sociedad tunecina. Estas políticas constituyen ejemplos de cómo el gobierno tunecino promovió un cambio en la sociedad, justificado en una interpretación religiosa que compaginaba las necesidades de modernización sustentada en un modelo "secularizante" y "occidental". Al respecto véase: Grami, Amel (2008), "Gender Equality in Tunisia" en *British Journal of Middle Eastern Studies* 35, 3: 349-361.
10. Si bien hacia la segunda mitad de los setenta, tanto Túnez como Egipto se propusieron abrir la economía, las crisis económicas y las fallas de sus programas económicos provocaron la solicitud de préstamos por parte de estos países. Egipto desde los setenta y Túnez en los ochenta comenzaron a recibir apoyo para sus equilibrar sus economías y emprender los programas de ajuste estructural elaborados por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Los programas de ajuste estructural estuvieron enfocados a la reducción del gasto gubernamental, la redistribución del financiamiento al sector rural y al privado, la apertura

de la economía a la competencia internacional, la devaluación de la moneda local, la privatización, entre otras políticas. Al respecto véase Ayubi, Nazih, 1995, *Over-stating the Arab state*. Londres: IB Tauris. pp. 339-357.

11. Aparte de las medidas antes mencionadas, es necesario referirse al hecho que desde 1990 no se ha aceptado el registro de ningún partido nuevo, los partidos que han tenido éxito en su registro lo han hecho debido a que han llevado su caso a la corte suprema. La inclusión de candidatos independientes ha hecho que un número significativo de éstos, una vez elegidos se unan al partido oficial, y con ello el número de asientos pertenecientes al partido se incrementa. La cuestión de la delimitación de los distritos electorales también se ha convertido en otra pieza de control del gobierno, como sin previo aviso a la oposición el gobierno de Mubarak realizó modificaciones antes de las elecciones de 1995. Además de no permitir realizar manifestaciones o distribución de propaganda, al igual que monopolizando el acceso por el partido oficial a los medios de comunicación. Al respecto véase Ebrehard, Kienle, (1998), "More than a response to islamism. the political deliberalization of Egypt in the 1990's" en *Middle East Journal* 52, 2. pp. 221-222; Owen, Robert, (1998), "Socio-economic change and political mobilization in Egypt" en Salamé, Ghassan, *Democracy without Democrats*. Londres: I.B. Tauris. pp. 183-190.
12. Para inicios de los noventa el número de mezquitas privadas había incrementado hasta 40,000, lo mismo con las organizaciones islámicas, las cuales representaban alrededor de 4,000. La venta de libros islámicos, la presencia de periódicos de contenido religioso también se elevaron, mostrando el sentimiento islámico prevaleciente en ese tiempo. Al respecto véase Bayat, Asef, (2007), *Making Islam democratic: social movements and the post-islamist Turn*, Stanford: Stanford California Press. pp. 43-46.
13. Todos estos grupos comparten la visión de que Islam y política son inseparables y que enfrentan una gran conspiración proveniente de ateos (comunistas), los cruzados (cristianos) y los sionistas (judíos). Sobre la composición y actuación de estos grupos véase Ayubi, Nazih, (1991), *Political Islam*, Londres: Routledge. pp. 72-87.
14. Para algunos, la participación de la Hermandad Musulmana en los consejos de los principales sindicatos no muestra un avance con respecto al poder de control de Estado, al contrario los nuevos consejos siguen las mismas prácticas de corrupción de sus antecesores contribuyendo a que el Estado controle aún más estas organizaciones. Al respecto véase: Fahmy, Ninette, (1988), "The Performance of the Muslim Brotherhood in the Egyptian syndicates: an Alternative Formula for reform" en *Middle East Journal* 52, num 45, pp. 551-562.

Bibliografía

- ANDERSON, Lisa, (1995), Democracy in the arab world: a critique of the cultural approach" en KORANY, Baghat, BRYNEN, Rex, NOBLE, Paul, (et.al.), *Political liberalization and democratization in the Arab World: Theoretical Perspectives* (Vol. 1). Londres: Lynne Rienner Publishers. pp.77-92.
- AYUBI, Nazih (1995), *Over-stating the Arab state*. London: I.B. Tauris.
- _____ (1991), *Political Islam: religion and politics in the Arab world*. Londres: Routledge.
- BARRACLOUGH, Steven, (1998), "Al-Azhar: between the government and the islamists" en *The Middle East Journal* 52, 2: 236-249.

- BAYAT, Asef (2007), *Making Islam democratic: social movements and the post-Islamist turn*. Stanford: Stanford University Press.
- BELLIN, Eva (1995), "Civil Society in formation" en NORTON, Augustus, *Civil Society in the Middle East*. Leiden: E.J. Brill.
- BRUMBERG, Daniel (2002), "The Trap of Liberalized Democracy", en *Journal of Democracy* 13, 4: 56-68.
- BOULBY, M. (1988), "The Islamic challenge: Tunisia since independence", en *Third World Quarterly* 10(2): 590-614.
- BURGAT, Francois (1996), *El islamismo cara a cara*. Barcelona: Bellaterra.
- BYMAN, D. (2005), "The implications of leadership change in the Arab World", en *Political Science Quarterly*: 59-83.
- CAROTHERS, Thomas, (2002). "The end of the transition paradigm". *Journal of Democracy*: 5-20.
- CANTORI, Louis (1981), "Religion and politics in Egypt" in CURTIS, Michael (ed.) *Religion and Politics in the Middle East*. Boulder: Westview Press. pp. 71-107.
- COLLIERE, David (1985), "Visión General del autoritarismo burocrático" en COLLIER, David (comp.), *El nuevo autoritarismo en América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica. pp. 25-62.
- DALACOURA, Katerina (1998), *Islam, liberalism and human rights*. London: I.B. Tauris.
- EBREHARD, Kienle (1998), "More than a response to Islamism: the political deliberalization of Egypt in the 1990's" en *Middle East Journal* 52, 2: 219-235.
- ENAYAT, Hamid (1982), *Modern islamic political thought*. Austin: University of Texas Press.
- ESPOSITO, John y VOLL, John (1996), *Islam and democracy*. Oxford: Oxford University Press.
- ESPOSITO, John (1984), *Islam and Politics*. Nueva York: Syracuse University Press.
- FAHMY, Ninette (1988), "The performance of the Muslim Brotherhood in the egyptian syndicates: an alternative formula for reform" en *Middle East Journal* 52, 45: 551-562.
- GASIOROWSKI, Mark (1992), "The failure of reform in Tunisia", en *Journal of Democracy* 3, 4: 85-97.
- GRAMI, Amel (2008), "Gender Equality in Tunisia" en *British Journal of Middle Eastern Studies* 35, 3: 349-361.
- IBRAHIM, Saad (2003), *Egypt, Islam and democracy: critical essays with a new postscript*. Cairo: Universidad Americana.
- HUDSON, Michael (1977), *Arab politics: the search for legitimacy*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- KING, Stephen (2003), *Liberalization against democracy: the local politics of Economic Reform in Tunisia*. Bloomington y Indianapolis: Indiana University Press.
- KORANY, Baghat (1998), "Restricted democracy from above: Egypt" en KORANY, Baghat, BRYNEN, Rex; NOBLE, Paul, (et.al.), *Political liberalization and democratization in the Arab World* (Vol. 2). Londres: Lynne Rienner Publishers. pp. 39-60.
- KRÄMER, Gudrun (1994), "The integration of the integrists: a comparative study of Egypt, Jordan and Tunisia", en SALAMÉ, Ghassan (editor), *Democracy without democrats? the renewal of politics in the muslim world*. New York: I.B. Tauris. pp. 200-226.
- LAPIDUS, Ira (1997), *A history of Islamic societies*. Nueva York: Cambridge University Press.
- LECCA, Jean (2001), "Democratization in the Arab world: uncertainty, vulnerability and legitimacy. A tentative conceptualization and some hypothesis" en SALAMÉ, Ghassan (editor), *Democracy without democrats? the renewal of politics in the muslim world*. New York: I.B. Tauris. pp. 48-83.
- LINZ, Juan (2000), *Totalitarian and authoritarian regimes*. Boulder: Lynne Rienner Publishers.
- MURPHY, Emma (1998), *Economic and Political Change in Tunisia: from Burguiba to Ben Ali*. Londres: Palgrave.

- O'DONNELL, Guillermo, SCHMITTER, Philippe (eds.), (1994), *Transiciones desde un gobierno autoritario: conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- O'DONNELL, Guillermo (2001), "Illusions about consolidation en DIAMOND, Larry y PLATTNER, Marc F., *The global divergence of democracies*. Baltimore y Londres: The John Hopkins University Press y The National Endowment for Democracy. pp. 113-130.
- _____ (1972), *Modernización y autoritarismo*. Buenos Aires: Paidós.
- OWEN, Roger (2001), "The Integration of the Integrist: a comparative study of Egypt, Jordan and Tunisia", en SALAMÉ, Ghassan (editor), *Democracy without democrats? the renewal of politics in the muslim world*. New York: I.B. Tauris. pp. 200-226.
- _____ (1992), *State, power and politics in the making of the modern Middle East*. Londres: Routledge.
- PISCATORI, James (2000), *Islam, Islamists, and the Electoral Principle in the Middle East*. Leiden: ISIM. Documento en línea:
https://openaccess.leidenuniv.nl/bitstream/.../1/paper_piscatori.pdf
- PISCATORI, James y EICKELMAN, Dale (1996), *Muslim politics*. Princeton: Princeton University Press.
- PRATT, N. (2007), *Democracy and authoritarianism in the arab world*. Londres: Lynne Rienner.
- RICHARDS, Alan y WATERBURY, John (1996), *A political economy of the Middle East*. Boulder: Westview Press.
- ROSENTHAL, Erwin (1958), *Political Thought in Medieval Islam*. Cambridge: Cambridge University Press.
- RYAN, Curtis (2001), "Political strategies and regime survival in Egypt", en *Journal of Third World Studies*. 25-42.
- SADIKI, Larbi (2002), "Bin Ali's Tunisia: democracy by non-democratic means", en *British Journal of Middle Eastern Studies* 29(1): 57-78.
- SALAMÉ, Ghassan (ed.) (2001), *Democracy without democrats? The renewal of politics in the muslim world* New York: I.B. Tauris.
- SARTORI, Giovanni (2002), "Comparación y método comparativo" en SARTORI, Giovanni y MORLINO, Leonardo (comps.), *La comparación en las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial. pp. 29-50.
- STACHER, Joshua (2004), "Parties over: the demise of Egypt's opposition parties" en *British Journal of Middle Eastern Studies* 31, 2: 215-233.
- WALTZ, Susan (1986), "Islamist appeal in Tunisia", en *The Middle East Journal* 40, 4: 651-670.
- VANDEWALLE, Dirk (1988), "From the new state to the new era: towards a second republic in Tunisia", en *Middle East Journal* 42,4: 602-620.